La polémica de Alberdi con Sarmiento

por R. Sáenz Hayes

¿Cuál fué el motivo de la querella entre los dos grandes argentinos? Para responder por modo satisfactorio es menester reseñar antes los hechos que por entonces acontecieron.

Vencido Rosas en Caseros, Alberdi, tratando de alcanzar el tiempo en su carrera — según expresión suya — se puso a escribir las "Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina". Una vez concluída la obra, y en la creencia que de esa guisa interpretaba una aspiración colectiva, tuvo especial cuidado de enviarle un ejemplar a Urquiza, convencido de que el hombre que había logrado derribar la tiranía estaría dispuesto a iniciar una era de paz y progreso, dándole al país, ante todo, la Constitución que le faltaba.

Sarmiento fué uno de los primeros lectores de las "Bases", y se apresuró a escribirle a su autor, desde Yungay, con fecha 16 de Septiembre de 1852. Lo que sigue: "Su Constitución es un monumento; es usted el legislador de buen sentido bajo las formas de la ciencia. Su Constitución es nuestra, nuestro símbolo. Así lo forma hoy la República Argentina. Yo creo que su libro "Bases" va a ejercer un efecto benéfico..." Y terminaba: "Su libro, pues, va ya a ser el Decálogo Argentino: la bandera de todos los hombres de corazón".

Dos meses más tarde Sarmiento daba a la publicidad su "Campaña del Ejército Grande", libro mordaz y violento, destinado a pulverizar el prestigio político de Urquiza. Lo que extrañó sobremanera fué que Sarmiento le dedicara ese panfleto a Alberdi, valiéndose de una carta que databa en Yungay el 12 de Noviembre de 1852. Tan descomedidos, altaneros e impertinentes eran los conceptos vertidos en la carta-dedicatoria, que Alberdi vióse precisado a contestar, desde Quillota, donde a la sazón se hallaba. El escritor chileno Gonzalo Bulnes refiere el incidente con encomiable imparcialidad. "Sarmiento—dice—asaltó la brecha con su habitual temeridad, escribiendo una carta de "desafío literario" llena en términos capaces de agraviar la dignidad menos susceptible. Alberdi se preparó para contestarle, pero por un acto de deferencia a su enemigo, llamó al señor Sarratea para que pidiera a aquel la cesación de las hostilidades. Alberdi se ofrecía a romper sus cartas ya escritas, siempre que Sarmiento se comprometiera a no atacarlo. Sarmiento rehusó la propuesta; y a consecuencia de esta negativa, su adversario publicó las celebradas "Cartas Quillotanas".

Las cartas de Alberdi han sido consideradas como un modelo en el género polémico. Y lo son, en efecto. Seducen a quien las lee por la galanura del estilo, por la ironía honda y delicada, por el impertinente espíritu de análisis, por la bella serenidad que no abandona ni en el momento de los más recios golpes. No hay en esas páginas arrebatos desmedidos, ni zarpazos leoninos, ni espumarajos de odio. No insulta, ni calumnia, no desciende al bajo nivel de los pregonadores de denuestos. Cuando más culmina la ironía, se percibe la bondad y la amargura de quien escribe contrariándose a sí mismo. Pero Alberdi tuvo la enorme desventura de chocar con el epiléptico amor propio de Sarmiento. "Ni usted ni yo, como personas, somos asunto bastante para distraer la atención pública" dijóle Alberdi. El sanjuanino jamás perdonaría una tal irreverencia. Si él era un "self made man", un hombre representativo de la talla de Wáshington, de Franklin, de Gartfield, tenía que ser bastante asunto, si no el único digno de distraer la atención pública de su país y de América. Tampoco consentiría que se dudara de su capacidad pedagógica quien se consideraba un educador del fuste de Cosulo o de Horacio Man. En última instancia, e inspirado siempre por el mismo mórbido culto de sí mismo, enviaría a "freir monos" al que osara burlarse de sus galones de teniente coronel.

¿Qué finalidad perseguía Alberdi con las "Cartas Quillotanas?" El lo dirá: "Quiero hablar de la prensa, de su nuevo papel, de los nuevos deberes que le impone la época nueva que se abre para nuestro país desde la caída de Rosas"... "Desgraciadamente — agrega en otro lugar — la tiranía que hizo necesaria una prensa de guerra ha durado tanto, que ha tenido tiempo de formar una educación entera en sus sostenedores y en sus enemigos. Los que han pelado por diez y quince años, han acabado por no saber cómo cesa que pelear. Ante la exigencia de la paz, ante la necesidad de orden y de organización, los veteranos de la prensa contra Rosas han hecho lo que hace el soldado que termina una larga campaña de guerra civil, y hace el barretero después de la lenta demolición de una montaña. Acostumbrados al sable y a la barreta, no sabiendo hacer otra cosa que sablear y cavar, quedan ociosos e inactivos, desde luego. Ocupados largos años en destruir, es menester aprender a edificar..." "La prensa sudamericana—prosigue—tiene sus caudillos, sus gauchos malos, como los tiene la vida pública en los otros ramos. Y no por ser viales de los caudillos de sables dejan de serlos de la pluma. Los semejantes se repelen muchas veces por el hecho de serlo. El caudillo de pluma es planta que da el suelo desierto y la ciudad pequeña, producto natural de la América despoblada".

DOMINGO F. SARMIENTO

"LA CULTURA ARGENTINA"

Acaba de reimprimir

FACUNDO

por Domingo F. Sarmiento

Precio $ 1.- en todas las Librerías

EL REPARTIDOR DE ILUSIONES

por Mariano Picón Salas

En un tiempo pensé seriamente si la ocupación más elevada que conviniera a un espíritu inquieto y generoso —como pretendía ser el mío — no sería repartir un poco de ilusión, de alegre, frágil y volandera ilusión, por los monótonos caminos del mundo. Creía que este mundo tan viejo, arrugado por la meditación y la duda, hastiado de los placeres y los dolores que se repiten, no rechaza ya más ciencia, ni más conocimientos, ni más verdades, sino una emoción liviana — que lo distrajera sin obligarlo a pensar, — como esa ingenua música de los circos, que en nuestra infancia nos parecía preludio del espectáculo maravilloso que daban los titiriteros y después, después que conocíamos a Wagner y a Beethoven, continuábamos escuchando con simpatía. — Era un poco de nuestra alma antigua, sencilla, crédula, bondadosa y fantaseadora la que vagaba en esos ligeros compases que todos podían traducir según su estado de ánimo — alegre, melancólico; — según el tiempo — frío, caluroso; — según las ideas que entonces nos dominaran. A las cosas más abstractas era adaptable como los estribillos.

Y pense en los medios que yo podría tener para realizar mi cartitativo propósito de ilusionar al mundo. Pensé en el Arte: pero el arte, desde que se ha convertido en el más difícil y caprichoso artificio, se ha aislado en las oscuras cúpulas como un avaro, y no tendría superesia sobre esas alas ligeras simples y hermosas — los labrigos, los niños, las muchachas de aldea — que yo quería impresionar. Ni para nuestras multitudes incrédulas y escépticas — nuestras multitudes que leen manuales científicos y están suscritas a la Biblioteca Sociológica — sería eficaz un arte primitivo, lleno de verdades rudimentarias y de misterios cósmicos, como aquel que las manos puras del Giotto pintaran en las bóvedas de Santa María Novella, y Dante en su fantástico poema. Ilustres doctores se encargarían de descomponerlo en sus sutiles laboratorios: de apagar las lucecillas de ilusión que despertaría en las almas para dejarlas sumidas en la duda, en la obscuridad. — Ni era tampoco la Ciencia mi objeto: esta ciencia que violando misterios y secretos, desarbolando y ofreciéndonos todo, está a punto de convertir al hombre en un ser pletórico, sedentario y aburrido.

Mire entonces a esas profesiones humildes y errantes — la del buhonero, la del titiritero, la del organillero — que ante el desdén de las gentes egoistas y graves, arrostran los caminos de Dios, repartiendo el contento en las aldeas internadas, y en los hombres ignorantes. Y pensaba en el alegre circo de payasos que deslumbrara mi niñez. — Eran como figuras escapadas de un iluminado libro de estampas, los equilibristas vestidos de azul o roja malla; las rubias saltarinas, muchachas trepando sobre los briosos ponteys; el que hacía de malabarista chino, sacando de sus manos, como de un cesto inagotable, volanderas cintas de todos colores; los clows que se ahogaban entre sus tiesas gollillas y abombados pantalones, los clowns cuyos nombres ya invitaban a la risa... Amtolio, Cantalicis, Anacleto... En, arai de la rubia italianita de las piernas hermosas, sacrificamos boletos para la función, todos los mezquinos centavos que conseguíamos entonces. Ella nos dió la primera y electrizante visión de la belleza. — Y comparándonos con las tiquilas y pacatas muchachas de nuestro pueblo, qué desmirriadas y tristes nos parecían estas con las faldas largas, las telas opacas y los antipáticos cuellos "María Estuardo", de moda entonces! Nuestra alma adolescente, que aun no sabía de leyes morales ni hábitos sociales, hubiera querido — en un arranque de estética iconoclasta —que todas las muchachas llevaran, como Dorina, una transparente malla rosada, y lucieran las piernas desnudas.

En el buonero, pensaba que con su caja de sorpresas y maravillas, cansado el cuerpo, pero contenta el alma, tararearía una canción caminera, llegaba a los escondidos caseríos. — Llegó el buhonero y muchachas de viejas abandonan los sembrados donde hacían la desbroja del maíz, para ir a comprarle el vistoso pañuelo que lucirán en la próxima fiesta; la efigie del santo que es patrono de las buenas cosechas, el espejito donde mirarse, la brillante sortija de abalorio, que a fe del buhonero no se oxida, como la de oro fino. — En estas ferias siempre toca a los chicos una corneta, una armónica, un trompo... Y en el organillero que ante el estrépito de las grandes ciudades, junto a la febril multitud que pasa a sus negocios, sus quehaceres y sus ambiciones, toca en su pianito las olvidadas músicas de antaño: no cesa de tocar aunque los carruajes le cerquen y la multitud le empuje, como enseñando a aquellos hombres apresurados, que todo no es el minuto presente ni el negocio que ahora les perturba... que hay que dar algo de recuerdo, a la música, a la meditación y al sentimiento. Siempre habrá un viejecito desamparado y un viejo poeta romántico que le escuche.

Pero los respectos, prejuicios y conveniencias que han inventado los hombres para aburrirse y entristecerse más, retardaron hasta ahora mis propósitos. Olvidando los propios dolores, voy a repartir por las calles de Caracas, como pretendía ser el mío — no sería repartir un poco de ilusión, de alegre, frágil y volandera ilusión, por los monótonos caminos del mundo. Creía que este mundo tan viejo, arrugado por la meditación y la duda, hastiado de los placeres y los dolores que se repiten, no rechaza ya más ciencia, ni más conocimientos, ni más verdades, sino una emoción liviana — que lo distrajera sin obligarlo a pensar, — como esa ingenua música de los circos, que en nuestra infancia nos parecía preludio del espectáculo maravilloso que daban los titiriteros y después, después que conocíamos a Wagner y a Beethoven, continuábamos escuchando con simpatía. — Era un poco de nuestra alma antigua, sencilla, crédula, bondadosa y fantaseadora la que vagaba en esos ligeros compases que todos podían traducir según su estado de ánimo — alegre, melancólico; — según el tiempo — frío, caluroso; — según las ideas que entonces nos dominaran. A las cosas más abstractas era adaptable como los estribillos.

Y pense en los medios que yo podría tener para realizar mi cartitativo propósito de ilusionar al mundo. Pensé en el Arte: pero el arte, desde que se ha convertido en el más difícil y caprichoso artificio, se ha aislado en las oscuras cúpulas como un avaro, y no tendría super